

VERBA GLORIA

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA

Las fiestas del III centenario del Quijote, llegaban a su fin;

el cansancio ganaba todos los espíritus;
el fracaso ruidoso, de aquel certamen de admiraciones,
y el abuso estruendoso y cruel, de todas las formas de

la

Oratoria, más o menos exóticas, habían predisposto los

ánimos, contra el uso de la palabra hablada;

la tribuna, se hacía tediosa;

una semana de festejos, cuasi todos orales y didácticos,

habían agotado el tema y la paciencia, en los cerebros y en las

almas de los cervantistas, aun los más apasionados;

de Menéndez Pelayo, en la Academia, a Navarro

Ledesma

en el Ateneo, el ciclo de la Oratoria apoteósica, había sido recorrido, y

parecía ya definitivamente cerrado;

la fuente de la erudición, se había agotado, después de correr casi

siempre sin ventura, por entre los guijarros de todas las mentes clásicas, más

o menos rudamente infecundas.

Yo, que había visto todo esto, me había mantenido -a pesar de tener

la representación oficial de un país amigo- voluntaria y sistemáticamente

apartado de ese turbión oratorio, que asumía, el formidable clamor de una

avalancha;

pero, a la postre, la victoria de mi Silencio fue efímera;

no puede escapar del contagio de la hora;

DESIGNADO para hablar en el Paraninfo de la
Universidad Central
de Madrid, en la fiesta Oficial de la Clausura del
Centenario, no pude
excusarme, no debía hacerlo;
y, accedí a decir en ella, unas palabras;
aquellos que me habían oído en el Ateneo de Madrid,
deseaban con
inmenso empeño, volver a oírme;
y, aquellos que, no me habían oído nunca, atraídos por
el eco de aquel
discurso, deseaban escucharme;
sin tiempo, ni voluntad, para hacer una verdadera
pieza oratoria;
sin pasión por la clásica leyenda, que no decía nada a
mi alma roja de
combatiente rudo;
sin entusiasmo por esas glorias orales, que no son
beneficiosas a la
Libertad, ni dejan otra huella, que el eco fugitivo de
un aplauso, fui allí, sin
emoción, sin devoción, al frío cumplimiento de un
deber cuasi ornamental,
dispuesto a decir cuatro frases, que por su brevedad,
evitaran el ridículo que
ya empezaba a caer sobre los discursos aparatosos,
dichos ante un público
bostezaste, enervado, ante esta verbosidad, enorme
como montañas;
y, no pensé, sino en decir algo que fuera como la nota
artística y nueva,
en la avalancha de dicción antigua y amodorraste, que
los cultivadores de
la vieja Oratoria, trajinaban en las vetustas ánforas de
la elocuencia
española, bella aún, en su caducidad.

El espectáculo, era imponente;
presidía, el ministro de Estado, en representación del
rey;
el cuerpo diplomático, en pleno.
Ministros y ex-ministros de la Corona; los presidentes
del Parlamento;
senadores, diputados, generales, académicos,
escritores, artistas, periodistas ...
y, un elegante cortejo de damas;
llamado a la tribuna, yo ascendí a ella;
un rumor de aplausos estruendosos, único hasta
entonces y nuevo por
lo entusiasta, en la severidad de aquel recinto, saludó
mi aparición, como no
había saludado ni saludó después la de orador algotro;

¿por qué y de dónde, aquel rumor de simpatía y de
admiración a mí, el
orador extraño y lejano, el solitario, cuyo alto desdén
rechaza cultivar las
flores enfermizas de la popularidad y del reclamo?
Yo, me incliné ante el aplauso, y dije estas palabras:
En el Paraninfo de la Universidad de Madrid, en 1905.

Señor ministro:
Señoras:
Señores:
Ya que se me ha designado, para decir en esta fiesta
unas palabras, vengo
a decirlas;
no haré un discurso;
el tiempo y la materia, están ya agotados;
en una fiesta, hispanoamericana, se imponen, por
lógico, que los que

americanos somos, vengamos aquí a hacer constar,
cómo el corazón de América, bate unísono, con el
corazón de España,
en esta apoteosis, del Genio Nacional;
nuestra presencia aquí, lo corrobora; nuestras
palabras, vienen a afirmarlo; la América, ama a
Cervantes;
su asombrosa y épica creación, es familiar;
el Caballero de la Triste Figura, ha prolongado su
viaje, más allá, mucho más allá, de las llanuras
polvorientas de
la Mancha;
don Quijote, ha viajado por América: viaja aún allí;
todos lo hemos visto, lanza en mano, adarga al brazo,
caballero en su
rocín, recorrer el silencio de nuestras selvas, mirarse
melancólico, en el
cristal de nuestros ríos, y ascender nuestras cuestas
agrietadas, para perfilar
desde las cimas, su silueta angulosa, sobre los grandes
valles pensativos;
su locura, nos ha encantado y nos ha contagiado a
todos;
y, todos, hemos saludado con respeto, esa alta y noble
figura, idealizada
de heroísmo y castidad;
su grandiosa y conmovedora epopeya, es todo el
doloroso poema de la
Vida Humana;
esa divina tragicomedia, es la verdadera Divina
Comedia de la Vida;
y, porque Cervantes, no escribió un libro, sino el libro;
porque no pintó el alma española, sino el alma
humana;
porque no retrató a un hombre, sino al Hombre;
porque no contó una

vida, sino cantó la Vida; por eso, aquella Biblia del
Dolor Heroico, es universal;
todos la leemos y la amamos;
y, en América, pueblos de idealidad y quijotismos
donde vivimos
en eterna vela de nuestras armas, y en el culto
perpetuo de la guerra, amamos
a don Quijote, porque es para nuestras almas bélicas,
la más genuina
representación del heroísmo;
pero, del heroísmo auténtico;
de ese heroísmo desequilibrado y visionario, que lleva
sobre el casco,
amellado por todas las derrotas, un divino rayo de
Ideal;
la heroicidad que razona, es la vanidad que obra; sólo,
en el seno ¡lúcido
de la divina demencia, es que el hombre adquiere la
talla portentosa de los
héroes, o la silueta enorme de los mártires;
todo gesto heroico, es extrahumano; todo Sacrificio,
es la demencia;
la Locura, es una vía láctea, cuajada de soles; el
Zodiaco de la Inmortalidad,
está hecho de dementes;
ellos alumbran, como un sol compasivo, el rebaño
inacabable de los
hombres normales; y, se vengan dejándoles la Razón;
y, ellos, se llevan el Genio;

los espíritus equilibrados, ni sienten, ni comprenden,
la divina Neurosis;
la odian;
su insulto al Genio, tiene eso de inocente; que es
inconsciente;

la primera condición del Genio es no ser
comprendido; la segunda, es
ser insultado;
la popularidad, es, el dote y el distintivo de la
mediocridad;
los genios, no son populares; son orgánicamente
antipáticos a la
muchedumbre;
el Genio y la Multitud, son rivales;
los genios no van en tropel, como los cerdos, como las
ovejas;
los genios, viven solos, van solos, como los leones,
como las águilas;
el desierto, es su Apoteosis; la soledad, es su aureola;
la Gloria del Genio, es ser lapidado;
su castigo, sería, ser olvidado;
pero, el Destino, no castiga al Genio, sólo castiga a los
pueblos que no
saben admirarlo;
el Genio, no es el Sentido común, es su antípoda; el
Genio, es el
Visionario Anormal: es don Quijote;
el Sentido Común es la mentalidad equilibrada, la
mediocridad razona-
dora y normal, el vientre que piensa; es Sancho Panza;
el Alfa y el Omega
de la Intelectualidad; los dos polos inmóviles del
espíritu humano;
el Sentido común, también escribe...
y, a veces mucho; siempre demasiado...
pero, sólo el Genio, hace obras: obras inmortales;
nosotros en América, amamos el Genio: lo amamos y lo
honramos;
amamos a Cervantes, el manco inmortal;
amamos a Don Quijote, el Loco inmortal;

pueblos de rebelión y de heroísmo, nosotros amamos a
don Quijote,
porque representa a nuestros ojos, la más alta, la más
noble, la más excelsa
de las virtudes humanas: la Santa Virtud del
Entusiasmo;
fuera del Entusiasmo, la Vida es un marasmo;
desconfiad de los pueblos y de los hombres sin
Entusiasmo; ellos son
pueblos y hombres sin grandeza;
allí donde el entusiasmo es condenado, tened por
seguro, que el
heroísmo es burlado;
despreciad las almas y los pueblos, que ríen de los
gestos heroicos; ellos
han perdido el respeto noble de la Gloria;
allí donde la burla tiene su imperio, es porque lo
sublime, ha perdido lo suyo;
el pueblo, que llega a reír de las cosas heroicas, es un
pueblo destinado
a desaparecer entre las risas de los otros;
¡tened piedad de la hora, en que la Risa impera!
allí donde la Risa reina, la Catástrofe germina;
los pueblos sin heroísmo, mueren riendo, con un rictus
de risa triste en
los labios, como el de aquellos que mueren bajo la
nieve;
he ahí, por qué yo bendigo la hora actual: esta hora, en
que se glorifican
el Genio y la Locura.
¡España, ama aún la Idealidad España; ama aún los
gestos heroicos!
esta Apoteosis del Quijote lo demuestra.
España, ama aún el Entusiasmo; España ama aún el
Heroísmo; ¡Bendita
España! ...

el pueblo que glorifica el Entusiasmo, es aún capaz de sentirlo;

el pueblo que significa el Heroísmo, es aún capaz de imitarlo;

un pueblo que renuncia al Heroísmo, es un guerrero muerto bajo el

escudo, cuando no es un guerrero muerto bajo el azote;

cuando un pueblo, llega a creer que el Entusiasmo es demencia, y lo

proscribe, ese pueblo ha recobrado la Razón;

y, cuando Don Quijote recobra la Razón no le queda otro camino que morir...

Tales fueron las palabras dichas por mí;
varias veces interrumpidas por la admiración, fueron al finalizar, cubiertas por una salva estrepitosa de aplausos.

Yo, me incliné para aspirar el perfume de esta flor extraña, y coloqué la

pálida orquídea, sobre mi corazón;

y, sentí la nostalgia desesperada, de mis grandes horas tribunicias, de mis

recios discursos de combate, del perfume cautivador de las grandes rosas rojas

del insulto, cayendo como dardos sobre el acero recio de mi escudo;

y, como en un caracol marino, sonaron, despertando en mi memoria, los

ecos de las tormentas lejanas ...

nada vale en la vida, lo que una tormenta de odios, lo que una hora de

lucha y de peligro...

la poesía del Triunfo, es tediosa;
no hay poesía cautivadora, sino la poesía inquietante
de la lucha;

fuera de ella, la vida es una vegetación parasitaria: no
vale la pena de vivirse; triunfar, debe ser la peor tristeza
de la

Vida;

sobreviviese a su Poema, debe ser la peor desolación;

no hay para las almas de lucha, sino un himno

enaltecedor: el del Insulto;

una Apoteosis real: la del Escarnio

una Inmortalidad; la del Dolor;

luchar... sufrir... eso es Vivir.